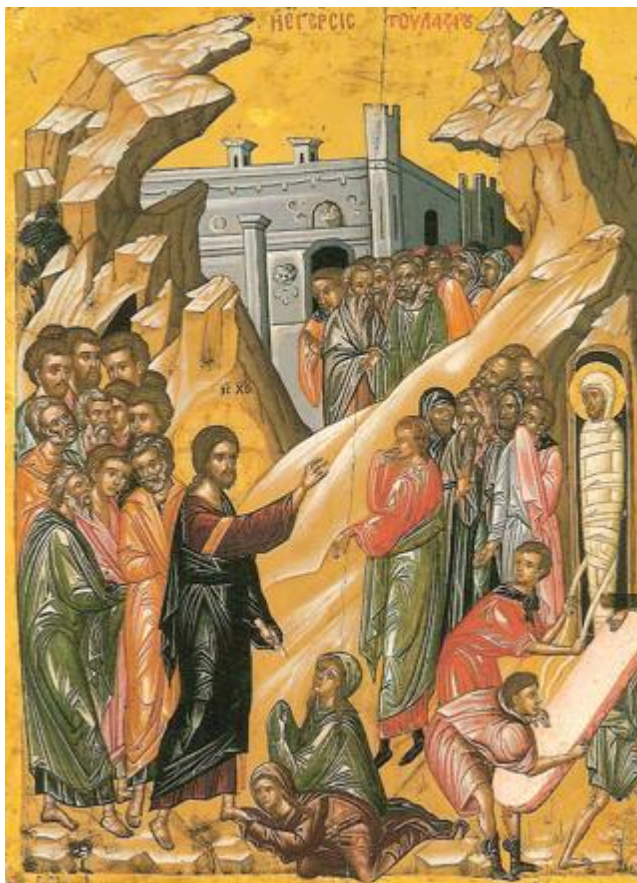


Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe



CAMINO CUARESMAL GUADALUPANO 2023



**QUINTA SEMANA
DE NUESTRA CUARESMA**
RECOPILO: M. I. Mons. Cango. Jorge Antonio Palencia Ramírez de Arellano

1. **Nuestro camino hacia la Pascua 2023 en el marco de la
NOVENA INTERCONTINENTAL GUADALUPANA
Jesús es la Resurrección y la Vida: la resurrección de Lázaro**

- a. **Sin el Dios de la Vida, la peregrinación del hombre en este mundo sería un vagar sin meta y terminara en el silencio y en la oscuridad de una tumba.**

Hoy en esta Quinta Semana de nuestro CAMINO CUARESMAL GUADALUPANO, queremos reflexionar sobre la vida, de la que como cristianos, hemos de dar testimonio. En un mundo de muerte, de violencia, de menosprecio por la vida humana, la fe cristiana anuncia la vida eterna, la vida en abundancia como esperanza con la que el ser humano puede vivir y atravesar el umbral de la muerte. Debemos sacar fuerzas de esa esperanza para conformar nuestra vida ante los ataques y atentado contra la vida humana: la violencia, la tortura, el genocidio de los bebés por nacer, la crueldad de la legislación sobre la eutanasia y la experimentación biológica y farmacéutica.

Desde enero de 2020, que se informó sobre el estallido de la pandemia, explicando que el peligroso virus se difundía por contacto humano, desde ese momento en la historia humana, el covid-19, causado por el virus SARS-CoV-2 desencadenaba una pandemia, de proporciones nunca conocidas. El coronavirus cambió de raíz la vida humana, la incapacidad ante la enfermedad y la muerte, desencadenó agobio, miedo, angustia y desolación.



Ante esta catástrofe de dimensiones apocalípticas, y a la luz de los textos de la Sagrada Escritura, para el Quinto Domingo de esta Cuaresma 2023, es conveniente preguntarnos:

*¿ha tenido algún sentido esta pandemia en mi vida?
¿me ha ayudado esta crisis a recapacitar el sentido de la vida humana?
¿aprecio más el don sagrado de la vida?
¿Cómo entiendo ahora en mi vida el misterio de la muerte?
¿cómo he percibido a Dios dador de la vida en toda esta crisis mundial?
¿he aprendido a reconocer y apoyar a personas en riesgo, débiles, solitarias?
¿o quizás vivo como si nada hubiera pasado en este mundo?
¿soy capaz de negar el miedo, el dolor, el sufrimiento a mi alrededor?*

Hoy a tres años, de iniciada la inseguridad provocada por la crisis mundial de la pandemia, el peligro eminente de una guerra nuclear o bacteriológica, el acceso de la violencia por parte del narcotráfico, la creciente ingobernabilidad y la poca estabilidad socio - política, nos da una oportunidad discernir y de reencontrarnos de nuevo a Dios, creador y custodio de la vida. Él es el origen de la vida, el que nos otorga la vida. Únicamente Él puede custodiar y consumir la vida. Venimos de Dios y vivimos en este mundo en su presencia y volvemos a Él como culminación nuestra existencia.

Dios, y no el hombre, es el Señor de la vida. La fe en Dios da al creyente certidumbre y esperanza incommovible: Dios ha salvado el mundo en su Hijo Jesucristo, que con su muerte ha superado nuestra muerte y nos da la participación en la vida eterna, la vida en plenitud. El creyente vive de la certeza de fe de que Dios creará de la muerte una vida nueva.

Creemos en un Dios que es la plenitud de la vida y que nos libera para que vivamos. El hombre que confiesa a Dios como su Creador sabe que no podemos sostener la creación sin el Creador. El creyente hará todo lo humanamente posible por sí mismo, sabiendo bien esperar lo decisivo de solo Dios:

“¿De dónde me vendrá el auxilio? El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra” (Sal 121,1s).

La Pandemia, las realidades del cambio climático, los fenómenos geofísicos de la tierra, la turbulencia socioeconómica y política, el avances de los grandes poderes del narcotráfico, nos han confrontado con nuestra limitada realidad: podría enfermar y morir. Sobre el trasfondo del carácter mortal y de la muerte, la fe cristiana anuncia la vida eterna como una posibilidad real para todos. El fundamento de esta fe es la resurrección de Jesucristo. Con esta confesión se mantiene o cae la fe cristiana:

“Pero si el Mesías no ha resucitado, es vana nuestra proclamación, es vana nuestra fe” (1 Cor 15,14).

La resurrección de Jesucristo es la base para esperar la resurrección de los muertos, que está indisolublemente ligada a la de Jesucristo:

Ahora bien, el Mesías ha resucitado de la muerte, primicia de los que han muerto. Ya que, si por un hombre vino la muerte, por un hombre viene la resurrección de los muertos” (1 Cor 15,20).



La esperanza en la resurrección de los muertos presupone la muerte y, por tanto, el carácter mortal del ser humano. Nuestra esperanza es que la muerte no aniquila la identidad de los muertos. La resurrección no es en absoluto una creación distinta, sino una nueva creación de esta vida. La vida eterna, en el fondo es la vida actual transformada:

“Esto corruptible tiene que revestirse de incorruptibilidad y lo mortal tiene que revestirse de inmortalidad. Cuando lo corruptible se revista de incorruptibilidad y lo mortal de inmortalidad, se cumplirá lo escrito: La muerte ha sido aniquilada definitivamente. ¿Dónde queda, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde queda, oh muerte, tu aguijón?” (1 Cor 15,53).

En la vida eterna, quien muere se vuelve nuevo, pero la identidad de la persona sigue permaneciendo y entonces resucitar significa que Dios toma al ser humano con toda la realidad y toda la historia de su vida y lo transforma y lo ilumina para que pueda estar en la presencia de Dios sin velos.

La muerte, entonces, es solo el poder de separación del tramo terreno de la existencia y la resurrección es donde todo lo terreno y lo humano quedan reunidos en un hoy eterno, la vida es sanada por el amor de Dios y nuestra historia personal es completada en su bondad. La vida humana, evidentemente, es transitoria en el espacio y el tiempo, pero la relación entre Dios y nosotros tiene un presente eterno en Dios.

¿qué debemos hacer para que nuestra vida terrena goce de la vida eterna?

Jesús nos invita a acoger con fe su palabra:

“Os aseguro que quien oye mi palabra y cree en aquel que me envió tiene vida eterna y no es sometido a juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida” (Jn 5,24).

Es la certeza de nuestra fe: Jesús nuestro salvador vive, y con Él viviremos también nosotros. Jesucristo nos prometió:

“Yo vivo y ustedes vivirán” (Jn 14,19).

Recuerda esta abreviatura **COVID** (*corona virus disease*), podría ayudarnos para cambiar nuestra manera de ver nuestra vida:

- **C: confianza** en Dios,
- **O: oportunidades** para abrir nuestra vida a otros horizontes,
- **V: valores**, descubrir los valores recibidos en la vida,
- **I: inteligencia**, sabiduría para discernir la realidad actual
- **D: dedicación**, entrega a Dios en favor de los demás.

- b. En esta NOVENA INTERCONTINENTAL GUADALUPANA, pidamos a Nuestra Madre de Guadalupe que la luz de Cristo ilumine: las noches del dolor, de la enfermedad, de la traición, del abandono, e ilumine también la oscuridad más densa aquella de la muerte que es la incredulidad.



Unámonos a la enseñanza del papa Benedicto XVI:

“..... a sólo faltan dos semanas para la Pascua y todas las lecturas bíblicas de este domingo hablan de la resurrección. Pero no de la resurrección de Jesús, que irrumpirá como una novedad absoluta, sino de nuestra resurrección, a la que aspiramos y que precisamente Cristo nos ha donado, al resucitar de entre los muertos. En efecto, la muerte representa para nosotros como un muro que nos impide ver mas allá; y sin embargo nuestro corazón se proyecta mas allá de este muro y, aunque no podemos conocer lo que oculta, sin embargo, lo pensamos, lo imaginamos, expresando con símbolos nuestro deseo de eternidad.

En el Evangelio de hoy, la resurrección de Lázaro, escuchamos la voz de la fe de labios de Marta, la hermana de Lázaro. A Jesús, que le dice: «Tu hermano resucitará», ella responde: «Sé que resucitará en la resurrección en el último día» (Jn 11, 23-24). Y Jesús replica: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá» (Jn 11, 25). Esta es la verdadera novedad, que irrumpe y supera toda barrera. Cristo derrumba el muro de la muerte; en él habita toda la plenitud de Dios, que es vida, vida eterna. Por esto la muerte no tuvo poder sobre él; y la resurrección de Lázaro es signo de su dominio total sobre la muerte física, que ante Dios es como un sueño (cf. Jn 11, 11).

Del Evangelio de San Juan 11,1-45

Había un enfermo llamado Lázaro, de Betania, el pueblo de María y su hermana Marta. María era la que había ungido al Señor con perfumes y le había secado los pies con sus cabellos. Su hermano Lázaro estaba enfermo.

Las hermanas le enviaron un mensaje: “Señor, tu amigo está enfermo”. Al oírlo, Jesús comentó: “Esta enfermedad no ha de terminar en la muerte; es para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella”. Jesús era amigo de Marta, de su hermana y de Lázaro. Sin embargo, cuando oyó que estaba enfermo, prolongó su estadía dos días en el lugar.

Después dijo a los discípulos: “Vamos a volver a Judea”. Le respondieron los discípulos: “Maestro, hace poco intentaban apedrearte los judíos, ¿y quieres volver allá?”. Jesús les contestó: “¿No tiene el día doce horas? Quien camina de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo; quien camina de noche tropieza, porque no tiene luz”. Dicho esto, añadió: “Nuestro amigo Lázaro está dormido; voy a despertarlo”. Replicaron los discípulos: “Señor, si está dormido, se sanará”. Pero Jesús se refería a su muerte, mientras que ellos creyeron que se refería al sueño. Entonces Jesús les dijo abiertamente: “Lázaro ha muerto. Y me alegro por ustedes de no haber estado allí, para que crean. Vayamos a verlo”. Tomás, que significa mellizo, dijo a los demás discípulos: “Vamos también nosotros a morir con él”.

Cuando Jesús llegó, encontró que Lázaro llevaba cuatro días en el sepulcro. Betania queda cerca de Jerusalén, a unos tres kilómetros. Muchos judíos habían ido a visitar a Marta y María para darles el pésame por la muerte de su hermano. Cuando Marta oyó que Jesús llegaba, salió a su encuentro, mientras María se quedaba en casa. Marta dijo a Jesús: “Si hubieras estado aquí, Señor, mi hermano no habría muerto. Pero yo sé que lo que pidas, Dios te lo concederá”. Le dijo Jesús: “Tu hermano resucitará”. Le respondió Marta: “Sé que resucitará en la resurrección del último día”. Jesús le contestó: “Yo soy la resurrección y la vida. Quien cree en mí, aunque muera, vivirá; y quien vive y cree en mí no morirá para siempre. ¿Lo crees?” Ella le contestó: “Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que había de venir al mundo”.

Dicho esto, se fue, llamó en privado a su hermana María y le dijo: “El Maestro está aquí y te llama. Al oírlo, se levantó rápidamente y se dirigió hacia él. Jesús no había llegado aún al pueblo, sino que estaba en el lugar donde lo encontró Marta. Los judíos que estaban con ella en la casa consolándola, al ver que María se levantaba de repente y salía, fueron detrás de ella, pensando que iba al sepulcro a llorar allí. Cuando María llegó a donde estaba Jesús, al verlo, cayó a sus pies y le dijo: “Si hubieras estado aquí, Señor, mi hermano no habría muerto”. Jesús al ver llorar a María y también a los judíos que la acompañaban, se estremeció por dentro y dijo muy conmovido: “¿Dónde lo han puesto?” Le dijeron: “Ven, Señor, y lo verás”. Jesús lloró. Los judíos comentaban: “¿Cómo lo quería!” Pero algunos decían: “El que abrió los ojos al ciego, ¿no pudo impedir que éste muriera?”

Jesús, estremeciéndose de nuevo, se dirigió al sepulcro. Era una caverna con una piedra adelante. Jesús dijo: “Retiren la piedra”. Le dijo Marta, la hermana del

difunto: "Señor, huele mal, ya lleva cuatro días muerto". Le contestó Jesús: "¿No te dije que, si crees, verás la gloria de Dios?"

*Retiraron la piedra. Jesús alzó la vista al cielo y dijo: "Te doy gracias, Padre, porque me has escuchado. Yo sé que siempre me escuchas, pero lo he dicho por la gente que me rodea, para que crean que tú me enviaste. Dicho esto, gritó con fuerte voz: "¡Lázaro, sal afuera!" Salió el muerto con los pies y las manos sujetos con vendas y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: "Desátenlo para que pueda caminar". Muchos judíos que habían ido a visitar a María y vieron lo que hizo creyeron en él. **PALABRA DEL SEÑOR***



Comentario

Este relato podemos observar en una primera lectura la importancia que tienen los diálogos, que nos permiten llegar a la profundidad del mensaje del texto, el verdadero significado del signo realizado por Jesús.

Como primer dato nos encontramos con una familia de Betania, compuesta solamente de hermanos y hermanas, que representa a la comunidad cristiana donde no hay ni superiores ni inferiores sino solamente hermanos y hermanas y un intenso lazo afectivo une a estas personas a Jesús. En esta familia – comunidad sucede un hecho que desconcierta, que confronta a los demás con un enigma insoluble: la muerte de un hermano.

¿Qué respuesta puede dar Jesús al discípulo que le pregunta por el sentido de este hecho trágico?

Quien quiere bien a un amigo, no lo deja morir. Si Jesús era amigo de Lázaro y amigo nuestro ¿por qué no impide la muerte? Al igual que María y Marta, tampoco nosotros comprendemos por qué "deja pasar Jesús dos días". Como signo de afecto al amigo, hubiéramos esperado de Jesús una intervención inmediata.

Indudablemente como reflexionamos al inicio de este texto, la muerte de una persona querida, nuestra muerte, pone la fe a dura prueba, hace surgir la duda de que Dios o Jesús “no están a nuestro lado”, de que no nos acompañe con su amor.

Ahora en profundo discernimiento, profundicemos la acción de Jesús: ...dejando morir a Lázaro, Jesús responde a estos interrogantes, no es su intención impedir la muerte biológica, no quiere intervenir en el curso natural de la vida. No ha venido para convertir en eterna esta forma de vida sino para introducirnos en aquella que no tiene fin. La vida en este mundo está destinada a terminarse y es bueno que así sea.

De todo lo acontecido en la Pandemia, y en la realidad violenta de nuestra realidad, debemos reconsiderar la validez de la relación personal que tantos cristianos han instaurado con Cristo, cuando ésta se reduce a urgentes requerimientos de intervenciones prodigiosas, desemboca inevitablemente en crisis de fe y en la duda de que él “no está junto a nosotros” donde deseáramos que estuviera, donde tenemos más necesidad de él: en el dolor, en la enfermedad, en la crisis de la pandemia, en el horror de la violencia del narcotráfico o en la crueldad de la muerte del inocente.

La reacción natural del hombre ante el temor de la muerte debemos aceptar que es parte de ser discípulo de Jesús, ser discípulos significa aceptar perder la vida, darla por amor, y morir como el grano de trigo que, caído en tierra, produce mucho fruto (*Jn 12, 24*). Por eso para Jesús, la muerte no es un acontecimiento destructivo, irreparable, sino que marca el inicio de una condición infinitamente mejor que continuará.



Así llegamos al dialogo central este Evangelio, Jesús lleva a Marta a comprender qué sentido tiene la muerte de un discípulo, de un hermano. Marta cree en la resurrección de los muertos, al final del mundo, su hermano Lázaro regresará a la vida juntamente con todos los justos y tomará parte en el reino de Dios. Este modo de entender la resurrección, como muchos la entienden hoy, no consuela a nadie, no tiene sentido. Una tal resurrección está muy lejana.

Nunca olvidemos que el cristiano no cree en una muerte y después en una resurrección que tendría lugar al final del mundo. Cree que el hombre redimido no muere. Jesús anuncia a Marta un mensaje nuevo y extraordinario: *“Quien cree en mí no muere”*.

¿Qué significa? ¿Cómo puede no morir una persona a la que vemos expirar y después convertirse en un cadáver? Jesús explica a Marta: el discípulo no experimenta la muerte, sino que nace a otra nueva forma de vida, entra en el mundo de Dios, entra a formar parte de una existencia que no está sometida a límites ni a ninguna clase de muerte, como acontece aquí en la tierra. Es una vida sin fin.

Jesús ve la muerte desde la óptica de Dios, como el momento más importante y gozoso del ser humano. Marta después de haber escuchado las palabras de Jesús, pronuncia su profesión de fe: *“Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo”* (Jn. 11, 27).

El ultimo dialogo de este Evangelio es muy diferente, es un dialogo en silencio y lágrimas. El llanto de María estremece y conmueve a Jesús, mostrando cuán profundamente siente el drama de la muerte. Jesús llora, un amigo ha partido, sabe que no está muerto, que vive con Dios, pero está triste por la separación, la amistad se ha interrumpido. Pero enseguida Jesús ordena: *“quiten la piedra”* Es una orden dirigida a todos nosotros que todavía pensamos que el mundo de los difuntos está separado y no tiene ya comunicación con el mundo de los vivos. Quien cree en el Resucitado sabe que todos están vivos, aunque estén participando en dos formas de vida diferentes. Todas las barreras han sido abatidas, todas las piedras han sido retiradas el día de la Pascua para que pasemos de un mundo al otro sin morir.

Jesús grita: *“Lázaro, sal afuera”* es el cumplimiento de su profecía: *“Les aseguro que se acerca la hora, y ya ha llegado, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oigan vivirán”*. Todos aquellos que están en los sepulcros oirán su voz y saldrán. (Jn 5,25-29).

Jesús muestra su poder vivificador: no restituyendo al muerto a lo terreno sino llevándolo la gloria de Dios: *“Desátenlo para que pueda caminar”* ...repite hoy Jesús con dulzura a cada uno de sus discípulos, que no se resignan a la desaparición de un hermano o de una hermana.



c. Con Santa MARIA DE GUADALUPE, creamos en la Resurrección

Para comprender mejor lo acontecido en Betania y la vivencia plena de la Resurrección de Cristo, volvamos muestra reflexión sobre una Catequesis de San Juan Pablo II nos ofreció la Pascua del 3 de abril de 1996, cuando nos decía:

“Reflexionemos seriamente el acontecimiento de la Resurrección de Jesús, después de que fue colocado en el sepulcro, María su Madre, es la única que mantiene viva la llama de la fe, preparándose para acoger el anuncio gozoso y sorprendente de la Resurrección

La espera que vive la Madre del Señor el Sábado santo constituye uno de los momentos más grandiosos de su peregrinación en la fe: en la oscuridad que envuelve el universo, ella confía plenamente en el Dios de la vida y, recordando las palabras de su Hijo: Yo soy la Resurrección y la VIDA, María espera la realización plena de las promesas divinas.

El carácter único y especial de la presencia de la Virgen María en el Calvario, de pie junto a la cruz, muestra al perfecta unión con su Hijo en el sufrimiento de la cruz, y nos anuncia su participación particularísima en el misterio de la Resurrección.

Un autor del siglo V, el escrito cristiano Sedulio, afirma que Cristo se manifestó en el esplendor de la vida resucitada ante todo a su madre. En efecto, ella, que en la Anunciación fue el camino de su ingreso en el mundo, estaba llamada a difundir la maravillosa noticia de la resurrección, inundada por la gloria del Resucitado, ella anticipó el "resplendor" de la Iglesia (cf. Sedulio, Car.pascale, 5, 357-364: CSEL 10, 140 s). María es imagen y modelo de la Iglesia, que espera al Resucitado y que en el grupo de los discípulos se encuentra con él durante las apariciones pascuales, nos hace pensar que María mantuvo un contacto personal con su Hijo resucitado, para gozar también ella de la plenitud de la alegría pascual.

Por tan grande acontecimiento, en el tiempo pascual la Iglesia se dirige a la Madre del Señor, invitándola a mostrar su alegría como en la anunciación: "Regina caeli, laetare. Alleluia". "¡Reina del cielo, alégrate. Aleluya!". Este "Alégrate!" la misma expresión del Ángel Gabriel en la Anunciación, para que se convirtiera en "causa de alegría" para la humanidad entera".

En la Basílica de Santa María de Guadalupe, tenemos esta imagen viva, María Santísima de Guadalupe, de pie junto a la cruz, una cruz gloriosa monumental que ocupa todo el retablo principal, como signo de todo lo que hemos meditado y reflexionado, ahora nos toma seguir los pasos del CAMINO PASTORAL GUADALUPANO, marcado por los Obispos de México en el Proyecto Global de Pastoral 2031-2033 (PGP)



1. Sabemos que somos un pueblo bendecido por la primera evangelización y por la presencia de Santa María de Guadalupe.
 - a. *El origen de nuestra nación, de nuestro proceso de reconciliación social fundacional y del mestizaje que da lugar, no sólo a nuestra raza sino a nuestra identidad cultural profunda, es el Acontecimiento Guadalupano.*
 - b. *No es posible entender a México, su historia y su identidad, sin la presencia evangelizadora e inculturada de la Virgen de Guadalupe, Reina de México y Patrona de nuestra libertad.*
 - c. *Al interior de una gran realidad nacional nos reconocemos portadores de diversidades culturales regionales y locales que hacen de la sociedad y de la Iglesia una realidad multiforme y pluricultural, por el gran patrimonio de bienes naturales y espirituales que hemos recibido como don y por los que debemos ser corresponsables en su cuidado, preservación y desarrollo.*
 - d. *Por ello, queremos seguir ahondando en el misterio que porta esta porción del Pueblo de Dios: Hemos de reencontrarnos en los acontecimientos divinos*

fundacionales ya que ellos son siempre portadores de renovación y esperanza para nuestro pueblo. (PGP No. 64)

2. Sigue siendo el encuentro y diálogo de Santa María con el indígena Juan Diego Cuauhtlatoatzin, una fuente de luz y de gracia.
 - a. *El lenguaje utilizado en el encuentro del Tepeyac, como vehículo de inculturación del Evangelio, constituyó un itinerario espiritual, al conjugar palabras y gestos, acción y contemplación, imágenes y símbolos.*
 - b. *Todos estos elementos enriquecieron la capacidad de esta cultura sobre la experiencia de Dios facilitando la aceptación gozosa del mensaje salvador.*
 - e. *Se actualizó así... esa novedad propia del Evangelio que reconcilia y crea la comunión, que dignifica a la mujer, que convierte al "macehual" en hijo y a todos nos hace hermanos¹(PGP No. 65)*



¹ CONFERENCIA DEL EPISCOPADO MEXICANO. *Carta Pastoral de los Obispos de México "Conmemorar nuestra historia desde la fe, para comprometernos hoy con nuestra patria"*. México, 1 de septiembre de 2010, 12.